



T2B06

MUERTE Y TRANSFIGURACIÓN DEL ESPACIO PÚBLICO.

José Ángel Campos Salgado
Depto. De Métodos y Sistemas
Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco

Hoy, hay quien afirma que no existe más la calle de libre tránsito en nuestras ciudades. En la ciudad antigua el espacio público era por excelencia la calle que al reunirse con otras formaba la plaza. Ahora este espacio se ha declarado muerto. De este modo vemos como la calle paulatinamente se va privatizando: se colocan rejas para impedir que cualquiera la use, se instalan controles vigilados, se amurallan los espacios abiertos, etcétera, y a su vez se han creado espacios que pretenden ser públicos aunque sólo sean para sus propietarios o sus usuarios exclusivos. Ejemplo evidente de ello son los grandes centros comerciales y los conjuntos de vivienda en condominio que imitan las condiciones de la calle, la plaza y el parque público tradicional.

Todavía en los años 30 del siglo XX, en nuestra ciudad el espacio público llegaba a incorporarse a los edificios y se admitía el libre acceso a ellos, considerando sus espacios de tránsito como una extensión de la calle. Esto es lo que llevó a que en algunos casos las paredes de esos edificios se convirtieran en espacios didácticos para, a través de la pintura

mural, realizar una especie de “educación al pueblo” que libremente transitaba por sus interiores. Esta ponencia gira alrededor de un ejemplo de este tipo: el Mercado “Abelardo L. Rodríguez” de la Ciudad de México, que como se verá, resulta necesaria su preservación como testimonio de ese tiempo, y su revitalización, para actualizar su presencia dentro de las nuevas condiciones de su entorno.

Son estas condiciones de la vida contemporánea las que representan un reto para la reconceptualización de la calle. El contexto del Mercado estudiado y el Centro Histórico de la Ciudad de México fue cambiando a partir de los años 70, de acuerdo a un nuevo proyecto nacional que depende cada vez más de la economía internacional. Es la imposición del neoliberalismo la que ha arrojado las mercancías a la calle y también a la fuerza de trabajo, como dice Cantú Chapa. Las viviendas se han convertido en locales comerciales en planta baja y bodegas en las plantas altas y las calles hoy son una extensión del uso comercial de las edificaciones, un



espacio de venta de productos que se comercian principalmente al mayoreo. Los usuarios de este entorno, los compradores y los visitantes, circulan libremente por estos espacios, aunque ha dejado de ser la calle tradicional. Se vuelve un vacío cuando los comerciantes guardan sus productos en las bodegas improvisadas y renace al siguiente día con enorme vitalidad al volver a instalarse la venta. Su aglomeración, el contacto directo entre vendedores y consumidores, el movimiento de los productos por diversos medios, las multiplicidad de ofertas, etcétera, hacen de este espacio algo diferente a la calle tradicional. La inseguridad aumenta para el distraído y se reduce para el conocedor. Quien la vive o la recorre con frecuencia la hace suya.

Sin embargo el caso en la zona del Mercado se ha vuelto más particular. La producción de ropa de bajo costo de ha ido imponiendo como una forma de sustentación de los habitantes del área. Los insumos, como telas, hilos y accesorios, llegan de diversos lugares y en el sitio se realiza la maquila de vestido, en pequeños locales adaptados como talleres o en los patios de la vivienda colectiva, que aquí todavía se llama “vecindad”. Esto convierte a la zona en una gran industria de maquila multipuntual que pone en venta su producción en las mismas calles del área. A estas calles llegan

compradores al mayoreo desde puntos tan lejanos como algunas ciudades de los países centroamericanos, los cuales rentan autobuses que usan algunas de estas calles como estacionamiento temporal y que luego regresan a sus lugares de origen con sus usuarios y la mercancía adquirida.

La calle en la zona adopta así varios usos. No significa que se privatice, pues estos cambios se dan sólo en ciertos horarios. No son usos permanentes pues en cada ocasión y bajo un acuerdo tácito las calles se van modificando a lo largo del día, llegando a un momento negativo durante la noche ya que al reducirse las viviendas el lugar se queda solo y se vuelve inhóspito y más inseguro. La calle así, no es privatizada, es modificada, es invadida temporalmente pero no se impide su recuperación para otros usos. Y esta transformación es real. No se trata de una escenografía ya que de esta forma de vida depende la economía de la gente que trabaja en la zona, pero si tiene un montaje que permite la realización de todas las actividades. Los actores van y vienen continuamente utilizando diversos medios. Se mueven a pie cargando sobre sus espaldas los productos o empujan “diablitos”, un tipo de carretilla de dos ruedas, sobre las que acumulan cantidades inverosímiles de bultos, o más

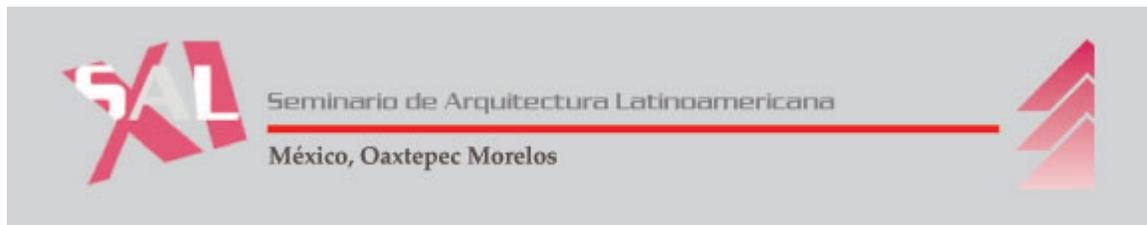


recientemente, dos jóvenes ocupantes se mueven en motoneta de modelo reciente, de las ahora llamadas “scooters”, donde uno conduce y el otro lleva sobre su cabeza la carga. También se instala el puesto de venta con una estructura de piezas que se ensamblan y sobre las que se colocan cubiertas de plástico enrollable, elemento que también se fija a los viejos edificios en algunos casos y que ha puesto en peligro alguna parte de esas construcciones que delimitan estas calles.

Se puede vivir todo esto como un espectáculo, pero no se trata sólo de permanecer como observador sino de involucrarse en las acciones que ahí se desarrollan, pues se trata de la vida urbana misma de esta zona de la ciudad, una forma de vida totalmente diferente a la ciudad que Koolhaas llama “genérica, donde todos se mueve envueltos por sus automóviles en una individualización que los mantiene ajenos a cualquier vecino. Esta otra ciudad tradicional modificada por sus nuevas formas de uso de la calle y las plazas, mantiene el contacto entre quienes la viven, la comunicación de gestos, voces, ruidos, texturas, olores y otras señales que cada habitante aprende a leer y donde las arquitecturas cobijan cercanamente todas estas actitudes. Por eso es necesaria su preservación y todo obliga a que las

nuevas propuestas arquitectónicas consideren que la mezcla de usos es un factor fundamental de este barrio, manteniendo el uso intenso de calle que por supuesto debe volver a ser eficiente para el resto de los habitantes de la ciudad pero sin perder esta nueva vitalidad.

Resulta muy interesante observar en este punto que la historia vuelve con su carga de siglos ha hacerse presente. Existe evidencia de que en la ciudad de Tenochtitlán el comercio se realizaba de la misma forma y mas impresionante resulta observar algunos registros de vida en el tiempo del virreinato que nos muestran que mientras se comerciaba en locales construidos para ese fin, también seguía realizándose la venta en el suelo y a su vez, otros eventos sociales tenían presencia: las autoridades circulaban en sus lujosos carruajes apenas protegidos por sus guardias, los miembros de las ordenes religiosas realizaban sus labores de evangelización o condena, los productores hacían llegar sus productos aun por vía acuática y claro, también los amigos de lo ajeno cumplían con su papel, mientras algunos músicos populares hacían las delicias de sus oyentes. Esta era la ciudad del contacto real, la de la vida urbana que ahora llamaríamos “democrática”, sin que deban olvidarse sus injusticias, sus desigualdades y su inequidad.



Finalmente hay que decir que en un momento en que todo conspira para hacernos creer que la historia ha terminado y que el mundo es un espectáculo en el que se escenifica dicho fin, debemos volver a disponer de tiempo para creer en la historia, dice Marc Auge. En este lugar del Centro Histórico de la Ciudad de México tenemos una oportunidad para mostrarlo.